

conferencias que el espíritu aventurero y conquistador de los recios castellanos del siglo XVI se puede considerar como manifestación suigéneris del Renacimiento en España. Y, aun cuando parezca paradójico, creo que también podríamos ver en tales empresas el espíritu romántico característico de nuestros antepasados. Las aventuras de Jerónimo de Aguilar y del otro náufrago, Guerrero, en Yucatán; los amores de Cortés con la Malinche; los cambios repentinos que se obraban en aquellos desenvueltos compañeros de D. Hernando, cuando se "metían frailes franciscanos", según nos refiere el verídico Bernal, no carecen, ciertamente, de sabor romántico. Por supuesto que faltaba entonces el escepticismo, pero, como veremos después, aun al tratar del romanticismo propiamente dicho, se deben distinguir dos clases: el creyente y el irreligioso.

Por lo general fracasaba Fr. Bartolomé de Olmedo cuando quería reprimir los arranques que hoy se apellidarían fanáticos, del *romántico Capilán*, siempre que éste en Cozumel, en Cintla, Cempoala, Tlaxcala y en el mismo gran teocalli de Tenochtitlán, derribaba ídolos para poner en su lugar "una imagen de Nuestra Señora con su precioso Hijo en los brazos.

En las historias que entonces se escribían no faltaban manifestaciones de ese romanticismo latente, por decirlo así, en el genio español. Si se trata de Gomara, capellán de Cortés, buscará lo extraordinario y fantástico, como cuando nos presenta a Santiago en un caballo blanco desbaratando a los indios en Tabasco. Al leer tales patrañas, inspira la "musa de la indignación", que dice don Carlos Pereyra, al ya viejo Bernal Díaz del Castillo, quien toma por lema ajustarse a la verdad en todo; pero, con su mismo desenfado en la expresión, y el "color local" de las narraciones, manifiesta también, aunque de distinto modo, la misma tendencia romántica. Sólo recordaremos ya al fogoso, inconsiderado, exaltado y verdaderamente fanático Bartolomé de las Casas, quien desde el título de su obra descubre su inspiración de marcado carácter apasionado y subjetivo.

Si después fijamos nuestra atención en las transformaciones que el clima y el ambiente todo del Anáhuac realizaban en los criollos ya desde la primera generación, encontramos lo que dos o tres siglos después llamarían los críticos melancolía romántica. Se sabe que esta nota distinguió a nuestro máximo dramaturgo, quien "daba pasto a la sátira por su modo de ser afable y cortés con algo de dulzón, como de genuino americano".<sup>1</sup> La misma vida colonial presentó siempre aspectos verdaderamente románticos y "abunda en asuntos que pudieran dar materia novelable o teatral a la imaginación romántica más desaforada".<sup>2</sup>

1 González Peña, op. cit., p. 129.

2 Jiménez Rueda, op. cit., p. 147.